

CLÁSICOS Y MODERNOS

CARLOS GUIDO Y SPANO

POESÍAS



IMPRESA ALSINA
SAN JOSÉ, COSTA RICA. C. A.

COLECCIÓN ARIEL

Diciembre de 1914

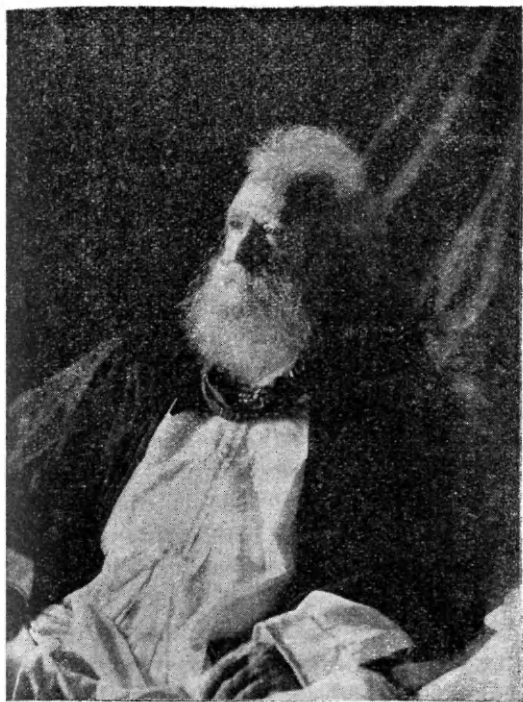
Apreciaciones

Me place y trae a la memoria una sugestión de altos ensueños el contemplar la imagen de los viejos leones líricos: Hugo, Whitman, Carlos Guido y Spano... Es de honda belleza, ese vivir preclaro que pone en la cabeza tanta blancura de años, y en los rostros serenidad de experiencia, y en los ojos la visión del alma que se ha entrado por los misterios de la vida. Si en Hugo el peluquero recortaba el capacete de nieve, en Whitman, en Guido Spano, en otros, las guedejas caen como la melena de la regia fiera. Tanto al gran francés como al gran lírico argentino han gustado las comparaciones leoninas. Joaquín González ha escrito de Guido: «Un día le visitamos en su nueva morada, más sombría, más pobre, más estrecha que la anterior, pero según sus gentiles palabras: «Hay leones que viven como soberanos en cuevas más angostas y oscuras...» Buen león, amable

león de la melena florida, a quien las musas y las gracias mantuvieron en el corazón un indestructible frescor de primavera.

Desde niño conocía su nombre; y vi por primera vez su simulacro en el periódico que en París, ha largo tiempo, publicaba Héctor Varela, *El Americano*. Por aquellos países de la América tropical volaba en un ambiente de admiración y de afecto la fama del autor de la *Nenia* armoniosa y sentimental y de otras vibraciones de lira que iban a conmover el alma de nuestras nacientes repúblicas, y a proclamar la solidaridad de las aspiraciones y de los esfuerzos por la libertad de las naciones hispano-americanas. Y en aquellas lejanas regiones había tres nombres de poetas de Sud América que se pronunciaban como los de preferidos sacerdotes de belleza: el colombiano, Pombo; el ecuatoriano, Llona; el argentino, Guido Spano.

Así cuando en mis incontenidas peregrinaciones llegué a la ansiada Buenos Aires, y pude conocer al único a quien sin temor a la sonrisa se puede hoy dar en nuestra lengua el calificativo de bardo, me sentí lleno de conmoción y de devoción. Es una de aquellas figuras de que, si uno vive,



CARLOS GUIDO Y SPANO

podrá hablar como de personajes de poema o de cuento, a los niños de mañana: «Este era un noble y melodioso anciano...»

*

Le conocí poco antes de que la enfermedad le atase en su lecho; y todavía alcancé a ver el romántico sombrero de anchas alas y la popular hopalanda que en alegres y sonoras rimas quise en bonaerenses antañños ver regada con polvo de oro... Le visité su casa, y vi, como vió el ponderado y transparente Joaquín González, «los viejos y respetables enseres de la sala, sillones, cómodas, mesas, retratos, armarios antiguos y deslustrados, pero firmes y elegantes como aquellas gentes de la edad pasada, cuya salud material iba siempre unida a la salud del espíritu, y vivían un siglo, y veían al desaparecer, como el tronco del olivo centenario, levantarse en torno suyo un bosque de retoños vigorosos»; conocí a su familia, que creaba paz y gozo amable alrededor de la figura patriarcal, y le vi en un cumpleaños, rodeado de niños y de flores, o sacar concertados sonidos de una flauta de siete cañas, pastor de rimas, Pan apacible y doméstico.

Hablaba con esa su sabrosa manera que une al decir límpido el gesto elocuente y el ademán estético, que en él son propios y naturales. Y me decía cosas, con curiosidad y cariño, de mi tierra natal, y me preguntaba por aquellos bosques, por aquellos lagos, por aquellas palmeras y por aquellas mujeres lánguidas, voluptuosas y solares; por el trópico, en fin, cuyos lagos conocía y cuyo aliento había sentido en el milagroso país en donde canta el sabiá.

Y entonces fué cuando tuvo para el poeta recién llegado que le veía filialmente, de quien sabía su éxodo chileno y su amor de expansión universal, tuvo digo, versos bondadosos, en un soneto tan gallardo como pintoresco, y que, por lo personal, se me excusará de recordar:

¡El es! Rubén, el trovador galano
de los juegos olímpicos florales.
Nació de Nicaragua en los cocales,
como estos rico de verdor lozano.

Pone, creciendo, el rumbo al mar lejano
hasta abordar las playas orientales.
Evoca allí recuerdos inmortales;
escucha el eco del cantor tebano.

¡Oh juventud! le atrae radioso el Pindo.
La ruta emprende cuando el alba asoma.
Al rosado esplendor ¿quién no lo admira?

Del Rajá en la galera surca el Indo;
canta de Grecia, se enguirnalda en Roma.
Y con *maitén* de Arauco orna su lira.

La conversación con Guido Spano es un baño en la linfa de Juvencia. Hace bien, tonifica, anima, eleva. No hay tan sólo malignas alimañas sobre la tierra... Eso es ser un poeta, un verdadero y magnífico poeta, con grandes y sedosas alas, que consuelan de lo literario rampante, y entre las brisas del mundo, del inspirado cascabel, o del liróforo-capello. Hace amar la existencia, que, por más que esté llena de amargura humana, tiene tantas cosas divinas...

Cuando Víctor Hugo, a través del Océano y desde su roca de Guernesey puso su sello papal y sacrocesáreo a la fama de Guido, no sabía a qué gran romántico saludaba. ¡Cuán bellos gestos y cuán nítido y orgulloso penacho ha mostrado siempre este argentino apolonida! En ese cantor de amor y de patriotismo, en ese creador de puras formas está el bizarro joven que en París se entusiasma con el fuego francés y va a las barricadas con el pueblo, a los bulevares, en instantes de encrespamientos revolucionarios; o el hombre que, cuando la peste pone en Buenos Aires desolación y espanto, ha-

ce, con un grupo de porteños de corazón y bravura, de enfermero y de enterrador. Y ese varón que ha tenido todas las valentías altas y que ha pasado por el mundo cumpliendo con su deber de Orfeo de bien y de belleza, se irá a la libertad del infinito sin un remordimiento y sin un odio. ¡Para cuán pocos tamaña victoria!

La última vez que he pasado con él en su retiro de la calle Canning, he tenido la feliz sorpresa de encontrarle, siempre sonriente a la amistad, resistente en lo posible al paso de su invierno. A su lado la compañera venerable, que también comparte con él el dominio del tiempo, y que, hecha a palabras gratas y a discretas razones, me hablaba del maestro, con cariño respetuoso, cuando me conducía hacia él. Y él alzó el animado busto sobre la cama, y me tendió la mano proveya, pero que aún sabe dar el tibio y comunicativo apretón de la lealtad hospitalaria; y, prominente el labio inferior, con su conocido gesto de gallardo señorío, en su hablar hidalgo me dió la bienvenida. Y todavía pidió champaña, y chocamos, a la antigua usanza, las copas espumosas, y apenas le temblaba la mano cuando apuraba el vino de alegría.

*

De sangre de prócer, siempre tuvo en su alma brasas para los incensarios de su patria Argentina; mas, desde la altura de su numen, cuando cantó en la hora del homérico desastre, al épico Paraguay, lo hizo en estrofas en que, según la frase magistral, «canta el alma de América».

Me he puesto a recorrer su volumen de *Poesías Completas*, en pleno mar, y siento la armonía de los versos acompañada por la música de las aguas oceánicas. Es, en la primera página, la filial invocación al gran brigadier general cuyo nombre brilla en las constelaciones de gloria de la Independencia; son clamores, suspiros e ímpetus de la era huguesa; son ecos de Lamartine; alterna la gracia clásica con un sentimiento y una imaginación románticos—¿por qué algunos han querido únicamente confinarle en la Hélade, y darle una prisión de mármol, que hubiera impedido la libertad de

¹ Editado por la Casa Maucci Hnos.-Buenos Aires-1911. En él están comprendidos las *Hojas al viento* y los *Ecos lejanos*. Es el que hemos consultado al hacer esta selección; reservamos para formar otro cuaderno las poesías que no ha sido posible incluir en éste.

su vuelo? Ciertamente, su cultura helénica y latina le da la elegancia del rimero y del vocabulario, mas aun cuando labre vasos de marfil o de oro con aspectos de antiguos carquesios a tazas, el licor es moderno y la inspiración que produce es muy de su época. Y si clásico a la griega es en su manera, en veces, también lo es a la española, pues el precioso poemita «En los guindos» causaría placer a los más pulidos Garcilasos y Cetinas.

Algunas veces el pensador se detendrá en los jardines filosóficos y meditará en algún misterio o fatalidad terrestre. Nunca, sin embargo, entristecerá el espíritu, y en sus cestos de rosas no hay el peligro de encontrar flores del mal o espinas de desesperanza. Es el amor siempre, en el frescor de las albas, son las bienhechoras comparaciones simbólicas, las amables alegorías, las pinturas y traslaciones de belleza, y el amor de nuevo y siempre, la juventud, a quien él daría el imperio de la eternidad. Y las apariciones y reminiscencias femeninas surgen evocatorias de las pasadas pasiones e impresiones del poeta. Es Myrta en el baño, tan encantadora como la Sahara de Hugo; es Julia, la de quince años,

La de los negros cabellos
que en largos rulos divide,

es Adriana, la que

—«Aquella guinda alcanza», me decía,
«que está en la copa: agárrate a las ramas,
no vayas a caer».—«¿Y tú, si me amas,
qué me darás?»—Bermeja cual las pomas
que madura el estío en las laderas,
contestó—apercibiendo dos palomas
blancas, ebrias de amor:—«Lo que tú quieras»

es Laura la que canta al son de la guitarra;
es Arsinoé apacible; son Yonis y Alvina,
las rivales; y Nydia, la que se olvida; Gul-
nara, la infiel, Luisa la de las dulces me-
morias; Blanca, la aldeana hermosa; la
rubia y tierna Amira; todo el ideal serrallo
del recuerdo.

Y cuando suena la cuerda de bronce, el
«vates» vigoroso está en su altiva transfi-
guración. La América, y su patria ante
todo, y los héroes y las acciones magnas son
celebrados por su rima sonante.

...Y al releer, ahora, al compás de las
olas, unos y otros versos, pienso en que,
en la historia de la poesía argentina, quizá
el más impoluto, cándido mármol, será el
que monumentalmente perpetuará la faz

del vibrante, probo, delicioso citareda, con su aspecto de viejo y melifluo rey de cantos, en cuya frente sentarán por igual la corona de laureles y la centifolias.

Rubén Darío

(*La Nación*, Buenos Aires).

... Titúlase el libro *Ecos lejanos*, y lleva a su frente un nombre de poeta que es un ilustre guión en toda lid de sentimiento y de arte. Carlos Guido Spano ha reunido las páginas dispersas de su producción de los últimos años, y nos ofrece un libro nuevo. Excelente ocasión para detenerse a bosquejar una de nuestras más características fisonomías literarias.

Mme. de Staël llamaba a la ancianidad de los varones ilustres, «la aurora de la inmortalidad». Digamos nosotros que si alguna vez puede hablarse de una ancianidad que tenga semejanzas de aurora es cuando se trate de este poeta luminoso, sereno, eterno adolescente del alma, cuya mano se tiende desde las cumbres blancas de la vida para brindarnos con un libro de versos que ostenta toda la espontaneidad, todo el candor

y toda la frescura de la más intacta juventud.

Tan natural y suave como es, fué a su modo un original y casi un rebelde. Su figura resalta, dentro de su época, con el interés peculiar de los que no se parecen a sus contemporáneos y llevan en su sensibilidad, en su fantasía o en su gusto, un carácter esencial que los singulariza. Llegó a la escena literaria cuando alcanzaba entre nosotros a triunfal plenitud la renovación romántica, y vió pasar la corriente de las nuevas formas con cierto apartamiento señorial, aunque no incapaz de simpatía y asimilación. Puede, en algún sentido, afirmarse que fué su musa la Cordelia fiel al clasicismo entre las que aquí respiraron el aliento impetuoso de la tempestad hugoniana. Pero éste de clasicismo es un término de harta vaguedad. Con él se clasificaba hasta entonces la manera de los que habían saludado en versos precoces, arrogantes, mezcla de infantil ingenuidad y de laboriosa retórica, las glorias de la Revolución; y con los poetas de la Revolución no tiene, seguramente, el imaginador de *Amira* y de *Marmórea* más afinidad de tendencias que con los que tremolaron en el torneo de

nuestra vida literaria los colores del romanticismo. Aquellos poetas profesaban, por ideal de la forma, el remedo pindárico, la elocuencia lírica; buscando efectos semejantes a los de la arenga y la proclama, pagaban pleno tributo a la afectación declamatoria, que era la ficticia inspiración de la época; en tanto que una de las calidades de la poesía de Guido es su serenidad, su aristocrática templanza, y lo característico en su forma es todo lo contrario del lirismo elocuente: es la línea pura y correcta en breves límites. Ellos no hallaban medio de desprenderse de la altisonancia de la oda académica, especie de pedestal a cuya planta abandonaba el poeta, como fardo innoble y pesado, su naturaleza de hombre, para asumir la gravedad solemne de un numen, sino cuando procuraban la falsa sencillez madrigalesca o bucólica, en tanto que la elevación ideal y la forma pura y escogida conviven hermanablemente con la verdad de los afectos en el autor de *Ecos lejanos*.

Independiente el estilo poético de Guido de estrechas tradiciones de escuela; formado en esa inteligencia de la imitación que no excluye, sino que estimula y fecundiza, el impulso de la libertad; concretando mu-

cho de lo íntimo y esencial del gusto clásico en formas personales y propias, sólo pudo llegar a ser por influjo de aquella misma renovación literaria, que de tan distinta manera inspiraba a los contemporáneos del poeta; y en este sentido, cabe también dentro del carácter de su tiempo. La gracia alada y serena, la fresca visión de las cosas, el dón de la armonía plástica e ideal, que ciframos en el sentimiento de lo clásico, nunca como del romanticismo acá se comprendieron y gustaron, a no ser en los días del Renacimiento. Mientras el clasicismo de colegio y academia era herido de muerte por la crítica de los novadores románticos, la pasión de la belleza antigua floreció como una de las innúmeras virtuales de aquella revolución complejísima. Desmoronóse el templo alzado a la sabia regularidad y la artificiosa corrección por el soberbio reinado que el clasicismo del siglo diez y ocho proclamaba, sobre los tiempos de Pericles y los de Augusto, edad de oro del ingenio; pero el culto de la antigüedad se instauró a pleno sol, y ella fué, y ha continuado siendo más que nunca, Tierra-santa de peregrinaciones ideales. Así, desde Andrés Chénier hasta Leconte de

Lisle, se oyeron sonos como de rapsodias homéricas y de cantos de Atenas o de Alejandría; así Goethe, domeñada la tempestad que el *Werther* propagó por el mundo, trajo a nuevo ser la Elena clásica, y enseñó el arte de infundir en versos modernos el divino sosiego de los mármoles paganos.

Nada hay, seguramente, en nuestro poeta que se asemeje a una de estas intuiciones de lo antiguo, en que la poesía, flor de humanidades, obra con el prestigio de una evocación arqueológica, y acierta a expresar, de las reliquias de un arte muerto, la más recóndita belleza. Su antigüedad consiste sólo en simpatías de la imaginación; su classicismo no pasa de ciertas líneas generales de gusto y estilo, nacidas de natural propensión y afinidad, más que de iniciación profunda, y acrisoladas, antes que en el modelo original, en los que, en distintos tiempos, hicieron retoñar sus formas al sol de España y de Italia. Pero haya sumergido más o menos distante de las fuentes, la urna; haya rasgado más o menos de cerca el velo del santuario, es indudable que de aquella fe poética es devoto, y que por virtud de ella ha merecido el favor de las gracias. Como epígrafe de sus versos vendría

bien el hemistiquio de *La Invención* de Chénier, que pide pensamientos nuevos labrados en el mármol antiguo. Tiene del ateniense inmolado por los escitas del Terror, el aticismo en que ha puesto aún más la naturaleza que la escuela; y cuando su numen, no satisfecho ya con el ara en que se ofrecen los sacrificios de la forma, aspira al triunfo que se consagra con tributo de lágrimas, es para penetrar, como Chénier, en esa zona crepuscular del sentimiento donde flotan las sombras de las heroínas de Eurípides, y el eco de las quejas de Dido, y extienden sus alas blancas y sedosas los alejandrinos de Racine. Bajo el *tipoy* de la paraguaya de *Nenia* se siente latir un corazón hermano de *La Joven Cautiva*. *Marmórea* tiene la triste languidez de *Neera*.

De este abolengo ático de su naturaleza poética y su arte, nace, entre otros caracteres que contribuyen a imprimirles sello singular y distinto dentro de su tiempo, el dominio de toda exquisitez de la dicción y toda delicadeza del ritmo. El noviciado de la libertad literaria se caracterizó, para la generalidad de nuestros poetas de América, por la voluptuosa *non curanza* de la forma, por el desdén, más o menos consciente y

confesado, de ese «culto del material» que, en posteriores escuelas universales, llegó a la superstición e indujo al delirio. Eran los tiempos en que solía tenerse por consubstancial a la naturaleza del poeta, el dón divino de la composición enteramente fácil y espontánea y de la producción abundosa. Confiábase demasiado en las abstracciones de cierta psicología estética que atribuía una sobrada realidad al mito del *numen*, y acaso era tildada de prosaica la porfía difícil y tenaz de la labor. Diríase que el romanticismo se inclinó a no reconocer sino la *magia negra*, la magia no aprendida, en la taumaturgia del arte. Era adorado el misterio de la inspiración que descende al espíritu del poeta envuelta en lamos y nubes. Hoy encontramos más poesía en los afanes de esa lucha hermosa y viril que empeña con el material rebelde el espíritu enamorado de la perfección: la lucha que llevaba la razón del Tasso a la locura; que torturaba el pensamiento de Flaubert, con alternativas de angustia y júbilo infinitos, y que el autor de *Levia Gravia* ha simbolizado en una imagen soberbia: los afanes del sátiro, perseguidor de la ninfa leve y esquiva, en el misterio de los bosques.

Fué concedida a nuestro poeta la gloria del triunfo alcanzado más de una vez en esa lucha, cuando respiraban los que con él compartieron la representación literaria de su época, vientos de tempestad, vientos de desordenada inspiración, y eran sus versos como soldados vencedores que vuelven del combate, desaliñados y altivos. Tuvo entre ellos el indisputado dominio de la forma. No ciertamente porque sea el labrado y blanquísimo panal lo que nos seduzca por única excelencia en su obra; hay también miel regalada que gustar en sus transparentes alvéolos; suele acertar también, si no con el intenso grito de la pasión, con el lenguaje de las delicadezas del alma que piden propagarse en mansas ondas de luz; con la expresión eficaz de los afectos blandos, puros, apacibles; exhalaciones de suavísimo aroma que percibirán en sus versos, sin necesidad de una aspiración esforzada, aquellos que no hayan enervado su sensibilidad en el abuso de los perfumes capitosos y ardientes. La poesía es irradiación de todas las fases del espíritu, y como la naturaleza para cada una de las regiones del mundo, ella tiene, para cada determinación del sentimiento, manifestaciones peculiares

de vida y hermosura. Al lado de la poesía de la pasión y del dolor, que lleva el alma a las asperezas de la cumbre, admitamos, como la vegetación risueña de los valles, la que se debe a una serena y plácida concepción de la existencia; tal vez mecida por los deliquios de voluptuosidad que embalsamaron la amena granja del Tíbur y la estancia sabina; tal vez velada transitoriamente por el celaje de las melancólfas más suaves y graciosas. Pero el aspecto que manifiesta toda la superioridad de la obra poética de Guido, aquel en que principalmente puede ser ejemplar, es, sin duda, el de las exterioridades plásticas del verso; el que admiramos en las cuartetas de *Amira*, en las de la inolvidable bendición paternal,¹ en el verso libre de *La Noche*, en las briosas octavas de *Adelante*.

Hay dos supremas manifestaciones de la belleza poética en la forma, y cada una de ellas prevalece según la poesía, que reúne y armoniza, en cierto modo las calidades de las demás artes bellas, se inclina a participar de la determinación de las artes del dibujo o de la vaguedad del espiritualismo meló-

¹ Véase en la página 51 de este cuaderno.

dico. Por una parte, la línea firme, el ritmo vencedor de la inmaterialidad de la palabra, el culto de las apariencias materiales y tangibles del verso, que dan la sensación de contornos mórbidos de estatua; el arte de la imagen precisa, dotada de relieve, que puede hacerse pasar de la estrofa al mármol o al bronce; el procedimiento, en fin, que pone en manos del poeta, ya el martillo y el cincel del escultor, ya—para símbolo de los primores de un Gautier o un Heredia,— el diamante del grabador de piedras finas.— Por otra parte, el tejido tenue y aeriforme de los líricos en quienes la poesía tiende a la sugestión sentimental de la música; el de las rimas de Bécquer, el del líeder heiniano: semiclaridad de crepúsculo, levedad etérea, graciosa suavidad de una forma desdeñosa del efecto plástico y el «número sonoro», pero que, modelada para expresar las vaguedades del ensueño y la aspiración de lo inefable, encuentra su arte propio rehuendo la severa precisión de la línea, espiritualizando los contornos de la idea y de la imagen, como la onda del incienso que, al paso que más alto sube, más gana en inmaterialidad.—Carlos Guido es de los que sienten y señorean la primera manifestación

de poesía; de los que trabajan el ritmo como el mármol, el pensamiento como inscripción lapidaria, y la imagen como escultura.

Tal se caracterizó, dentro de una generación romántica, este poeta, que, en más de un aspecto de su arte, se vincula mejor con el mundo nuestro que con el de los días de su juventud. Personificó el culto indeficiente de la forma, cuando las condiciones de la obra de improvisación de una literatura, y las influencias de la escuela, conspiraban para imponer cierto vicioso amor al desaliño; la amable serenidad del sentimiento, cuando vibraba en toda lira la repercusión de universales tempestades del ánimo; el desinterés de un ideal de poesía levantado sobre los rudos afanes de la acción e inmutable entre el hervor pasajero de las muchedumbres, en un tiempo en que los propios fantasmas de los sueños bajaban a partir la arena del circo y era la canción como vaso de bronce que recogía y amplificaba las resonancias del combate.

Y el nuevo libro del poeta, sea cual fuere su desigualdad, nos le muestra en esa misma actitud graciosa y noble, sobre ese mismo fondo que colora un celeste diáfano y suave; presidiendo al melodioso fluir de una

poesía siempre joven, de una idealidad siempre serena, de un espíritu que es todo luz y todo armonía.

José Enrique Rodó

1899.

(El Mirador de Próspero).

La inocencia

Cuánto a su vista el corazón se ensancha!
Simple y modesta y pura,
del recental sin mancha
tiene la mansedumbre y la blancura:
amiga de los niños,
está llena de gracia y de cariños.
Há poco la soñé—fué un sueño vago;
pasó como la sombra
de un albo cisne sobre el terso lago.
Cuando ella me aparece
reflejada en las risas de la infancia,
una suave fragancia
me anuncia que mi vida reverdece.
Sí, yo la vi ¡qué digo! aun la contemplo
de frescas y albas rosas coronada,
rubia vestal que en busca va del templo
al fulgor de la aurora sonrosada.
Adórnala flotante un blanco velo;
en anchas ondas, leve,
la cubre el seno virginal de nieve
que jamás palpitar hizo el recelo.
Al mirarla imagino
cuando en mi mente pasa
al dulce rayo que su vista enciende,
que una nube de gasa
a arrebatarla vino

y en el aire azulado la suspende.
Su faz bañada en resplandor divino
nunca sintió el calor de los sonrojos,
pues ella ignora hasta su ideal belleza
que acaso un numen consagró de hinojos.

En sus celestes ojos
sólo tremente brilla
la llama azul que irradia en su pureza
su alma ingenua y sencilla,
donde duermen sus vagas impresiones,
sus castos pensamientos,
cual graciosos alciones
en su nido aguardando en la ribera,
para cruzar el mar y hender los vientos,
a que el naciente sol luzca en la esfera.
Así bella, serena, harmoniosa,
la virgen noble avanza;
tiene al andar el aire de una diosa
y la dulce atracción de la esperanza.
¡Oh espíritus! ¡oh genios tutelares,
llevadla inmaculada a sus altares!

Mas ¡ay! súbitamente
la salen al camino
Amor audaz, y el Tiempo diligente,
que lleva como marca de su sino
el dolor de los siglos en la frente:
Amor vivo y risueño
que por cada ventura apaga un sueño;
y el Tiempo, infatigable peregrino
que en marcha al infinito halló a la Vida,
a quien después de agasajar enluta,
mezclando al néctar la mortal cicuta
en el festín eterno a que convida.

Y la Inocencia, confiada, a ellos
fuese, y en brazos del infante alado,
del césped en la alfombra de esmeralda,
se aduerme al rayo de la blanca luna;
 en tanto que a su espalda
que en lluvia de oro inundan sus cabellos,
el viejo segador de rostro airado,
con temblorosa mano una tras una
las rosas le arrancó de su guirnalda!

Marmórea

Marmórea, triste, enferma!... Desmayada
como el sauce llorón que en la laguna
mira su verde faz desconsolada,
en neblina se viste, en luz de luna.

Ya apenas se sonríe, ya sus ojos
irradian solo un vago y tierno anhelo,
y cual si orase ante el altar de hinojos,
dulces los vuelve sin querer, al cielo.

En éxtasis quizás escucha un canto
divino, melancólica plegaria,
himno tal vez de amor o eco de llanto
de alguna alma doliente y solitaria.

Acaso envuelta en armoniosas brumas,
del aire los espíritus alados,
con tenues abanicos de albas plumas
la orean los cabellos perfumados.

¡La ngüidez de torcaz! ¡Qué alabastrina
blancura! ¡Qué fulgor de la mirada
soñando el ideal! Cuando camina
parece por los céfiros llevada.

Replegando sus alas como un ave,
en ella el sentimiento se ha dormido;
sólo aspira a la paz, serena y grave,
a la paz de la ausencia y del olvido.

¡La vierais, candidísima camelia,
con su vestido blanco de amplia falda,
semejante a Desdémona, o a Ofelia
deshojando en las ondas su guirnalda!

Si toca el piano el instrumento gime;
si canta, es murmurando una elegía
con expresión patética, sublime:
mas ella siempre indiferente y fría!

¿Cómo extinguióse la celeste llama
que alimentó su seno? ¿Qué honda pena
en su angélico espíritu derrama
el opio que la calma y la envenena?...

¡Enferma, casi exánime!... Traidora
la fiebre lentamente la consume,
y a su ardor su existencia se evapora
cual de alba rosa mística el perfume.

.
¡Brisas del mar, del campo auras vitales,
efluvios de la selva y del torrente,
vivas exhalaciones matinales,
raudas venid y refrescad su frente!

De su hermosura el esplendor rosado
volvedla, y la salud que en ella expira,
porque torne a latir su pecho helado
y a vibrar de su ser la interna lira.

Está en la edad en que el amor florece,
protéjala el amor. Su blanca estrella
en sus divinos ojos resplandece.
¡Jamás se apague al reflejarse en ella!

La aurora

Huyen las sombras; ya a su antro acorre
siniestro el crimen, y el buho ya
la grieta oscura de antigua torre
con sesgo vuelo buscando va.

Parte Romeo. Dulce Julieta
toda tremante cierra el balcón.
De torpe orgía vuelve Violeta ¹
rasgado el traje y el corazón.

Fausto sus libros cierra, el misterio
buscando en vano del ser;—oíd!
son las campanas del monasterio;
a orar, nos dicen, fieles, venid!...

Despunta el alba. Pálidas, bellas,
cual los recuerdos del bien que huyó,

¹ *Violeta*: célebre *hetaria* griega, y principal figura en la bella ópera de Verdi, «La Traviata».—(Nota del A.)

brillan algunas dulces estrellas
con que la noche su frente ornó.

Vacilan, tiemblan, se apagan; luego
del horizonte véñse al confín
ráfagas tenues, franjas de fuego,
limpios celajes de oro y carmín.

¡Salve, es la aurora! raudal de vida,
sonrisa alegre del cielo; es
la blanca ninfa del sol querida,
fresca surgiendo de entre áurea mies.

Dulce reflejo de la mirada
de Dios, contento del esplendor
de su obra magna que a los mortales
inspiró el salmo: Gloria al Creador!

Fué a esta hora que a Eva divina
por vez primera contempló Adán;
que en los desiertos de Palestina
Jacob errante llegó al Jordán.

Al alba pura, ¡oh almas sinceras!
Labán, sus hijas Lía y Raquel
tierno bendijo so las palmeras:
Agar se aleja con Ismaél.

Y el pastor árabe, no bien rayaba
sobre las tiendas la claridad,
ágiles cabras apacentaba
en las colinas de Galaád.

¡Soberbio! al paso que el día avanza
brotan torrentes de luz, y bien

como en delirio, la vista alcanza
las maravillas de un nuevo edén.

¡Región excelsa de ensueños vagos!
Palacios, templos, islas, allí
se ven, ruinas, volcanes, lagos
con amplias olas de carmesí.

¡Fiesta magnífica del grande cielo!
¿Quién describirla jamás podrá?
¿Qué fantasía su osado vuelo
al claro olimpo remontará?

Monstruos, quimeras, grifos, dragones
con ígneas alas, cruzan, y en mil
bellas y extrañas transformaciones
pueblan el aire puro y sutil.

Del hondo averno sombras austeras,
parece, surgen a conquistar
el rojo oriente, que sus banderas
victoriosas hace flamear.

Cúbrese el éter de iris fulgentes,
de esmaltes ricos en fondo azul,
y leves, finas, resplandecientes,
las nubes tienden su róseo tul.

La luz en ellas con mil cambiantes
se quiebra, y forma vivo arrebol,
mientras las borda con sus diamantes
trémulo el rayo del almo sol.

¡El sol! monarca del alto coro
de estrellas, magno, sacro, inmortal;

guerrero inmenso del casco de oro,
padre del día bello y triunfal!

No bien del monte brilla en la cumbre,
cantan las aves, y en el verjel
que anima y baña su regia lumbre,
la flor rebosa de incienso y miel.

Y así que el disco soberbio asoma,
su lujo ostenta la creación;
levanta el vuelo la fiel paloma,
fiero, de gozo, ruge el león.

Del infinito vasto santuario,
álzale un himno la tierra, el mar;
es cada árbol un incensario,
cada montaña sublime altar.

¡Hosanna! el día que luce expande
sedienta el alma de luz y amor;
¡Hosanna! ¡Hosanna! Dios solo es grande,
¡gloria en los siglos, gloria al Creador!

Myrta en el baño

Fresca es el onda, azul y cristalina,
en que baña su cuerpo de alabastro
la rubia Myrta, al resplandor del astro
que pálido las sombras ilumina.

La juventud divina
ennoblece sus mágicos hechizos,
mezclando en un conjunto soberano
la grana tiria y el marfil indiano.

Al desflocar gentil sus blondos rizos
por el agua escarchados, semejaba
del río una alba y vaporosa ondina,
que de las grutas de coral se alzaba
jugando en sus cristales movedizos.

Oculto en la vecina
margen, entre el nepentes y el acanto,
detrás de una florida y verde acacia,
sentí mis ojos anegarse en llanto
al ver tanta belleza y tanta gracia!

Ella creíase sola,
pues dejara sin velo

los encantos que a amor reservó el cielo:
vinieron a besarla ola tras ola.

Una dulce aureola
de castidad en su contorno brilla,
y Cíntia al contemplarla sin mancilla
en sus plateadas blondas envolvióla.

Yo todo embebecido,
en vano quise retirarme, en vano;
un genio ¡oh dulce arcano!
el tierno genio a mi existencia unido,
me embargaba el deseo, el movimiento,
y en insinuante acento,
y expresivo lenguaje,
así me habló invisible entre el follaje:
—«Mortal cuya alma perturbó la duda,
la sien inclina a la beldad desnuda,
que en su armonioso y divinal conjunto,
de los cielos trasunto,
el sello del Eterno augusta lleva,
púdica Venus o inocente Eva».

Sintiendo de mi culpa los sonrojos,
 en la húmeda grama
entonces la adoré puesto de hinojos,
pidiéndola un destello de su llama;
 la adoré hasta el momento
en que salió del río esplendorosa,
 inmaculada y pura,
 como la blanca diosa
que surgiendo del líquido elemento,
fué reina del amor y la hermosura.

Luego al modo del ciervo fugitivo
que huye el arco de Diana cazadora
de la apiñada fronda en los doseles;
 tembloroso, furtivo,
me deslicé a esperar la nueva aurora
a un bosque de mirtos y laureles.

Siempre quedóle impreso
aquel recuerdo al alma, —ardiente beso
de la inmortalidad, que de poesía
inundóla, y de luz y de armonía!

En los guindos

Tenía yo dieciocho años, y ella
apenas dieciseis; rubia, rosada,
no es por cierto más fresca la alborada
ni más viva una fúlgida centella.

 Un día Adriana bella
conmigo fué al verjel buscando fruta,
y así como emprendimos nuestra ruta,

absorto me fijé por vez primera
cuán atractiva y cuán hermosa era!

Llevaba un sombrerillo
de paja, festoneado, con adornos
de flores de canela y de tomillo;
y realzando sus mórbidos contornos,
un corpiño ajustado,
saya corta, abultada, de distintas
labores, hácia el uno y otro lado
recogida con lazos de albas cintas.
Como nuestro paseo se alargaba,
la ofrecí el brazo. ¡Me arrobé al sentirla
que en él languidamente se apoyaba!
Confuso y sin saber el qué decirla,
me desasí... Trepéme a un alto guindo,
desde cuyo ramaje de esmeralda
el bello fruto ya en sazón la brindo,
que ella con gracia recogió en la falda.

¡Oh delicioso instante!

¡Oh secretos de amor! ¿Cuál mi ventura
podré pintar, mi sangre llameante,
al ver desde la altura
su seno palpitante,

su voluptuosa y cáudida hermosura?
¿Acaso Adriana adivinó en mis ojos
el fuego interno que en mí alma ardía?
¿Esa la causa fué de sus sonrojos?

—«Aquella guinda alcanza», me decía,
«que está en la copa; agárrate a las ramas,
no vayas a caer».—«¿Y tú, si me amas,
qué me darás?»—Bermeja cual las pomas
que madura el estío en las laderas,
contestó apercibiendo dos palomas
blancas, ebrias de amor:—«¡Lo que tú quieras!»!

Corina

¡Corina! ¡oh Corina! del templo de Vesta
la flor más modesta; no tiembles; tu huída
de nadie sabida será; tú conoces
mi fe pura»:—«¡Oh dioses!»

—«¡Cuán bella! del bosque las pálidas ninfas,
del lago en las linfas la dulce Napea,
no dan una idea de ti, panal fino
del Hybla»:—«¡Destino!»

«¡Ven, cándido lirio del verde Erymanto;
orillas del Xanto las sombras fieles
de frescos laureles nos brindan su abrigo;
ven pronto»:—«¡Te sigo.»

«¿Acaso estás triste que inclinas al suelo
la sien? Alza el velo, levanta esos ojos!
¿Te causa sonrojos la dicha que imploro?
¿No me amas?»—«¡Te adoro!»

«¡Delicia inefable! ¡Soñada ventura!
Aquí en la espesura frondosa y umbría
al fin serás mía: lo pido, lo quiero
Corina»:—«¡Me muero!»

—«Las nupcias secretas en himnos suaves
nos cantan las aves... ¡Desmayas!... La diosa
tal vez envidiosa... ¡Qué pálida!... ¡Yerta!...
¡Oh Diana, está muerta!...»

Rosa blanca

Al margen de una fuente
bebedero a palomas y zorzales,
en el valle feraz verde-esmeralda
crece una nívea rosa aisladamente,
que la aurora en sus fiestas orientales
prendiera del estío a la guirnalda.

Con su abanico azul el aura leve
la acaricia y el agua desbordante,
esparciendo en redor grata frescura,
dále espejo brillante:
siempre fuera adulada la hermosura.

¡Flor princesa del seno alabastrino,
mística flor! Purpúreas y lozanas,
al rayo matutino
descogen el capullo sus hermanas.

Coronan luego en el festín la frente
de la ardorosa juventud: fragantes
las ánforas del vino efervescente
ornan, y las vibrantes
ebúrneas liras al amor templadas;
cayendo deshojadas
en las nectáreas copas espumantes,
entre risas y besos escanciadas.

¡Y la silvestre rosa! ¿Qué tristeza
desvaneció en su faz descolorida
el esplendor de vida,

la llama carmesí de su belleza?
 ¿En límpidos albores,
de los genios del aire preferida,
pálida aguarda el divinal sahumerio
que la consagre reina en su pureza?
¡Quién decirlo podrá si en el imperio
 reservado a las flores
todo es adoración, todo misterio!
Quizá de alguna virgen que en la ausencia
del ingrato amador, cual frágil vara
 de nardo se tronchara
 en plena florescencia,
guarda en el cáliz la exquisita esencia.
Acaso a los dudosos resplandores
 del día que fenece,
o en las noches de luna, apaciguados
los campestres murmullos, se adormece
por la brisa arullada, y palidece
soñando con los lirios azulados.

.
 ¡Oh tímidas doncellas!
¡Veladas novias, almas elegidas!
Cuando al morir la tarde distraídas
vaguéis por el jardín, blandas querellas
a solas recordando enternecidas;
vestales que guardáis el sacro fuego
 del amor que os consume
 como un suave perfume,
para gozaros en sus triunfos luego,—
 vuestras frentes radiosas,
bajo el velo ceñid de blancas rosas!...

Nenia¹

Llora, llora urutaú

En idioma guaraní,
una joven paraguaya
tiernas endechas ensaya
cantando en el harpa así,
en idioma guaraní:

¡Llora, llora *urutaú*²
en las ramas del *yatay*,³
ya no existe el Paraguay
donde nací como tú—
llora, llora urutaú!

En el dulce Lambaré
feliz era en mi cabaña;
vino la guerra y su saña
no ha dejado nada en pie
en el dulce Lambaré!

¡Padre, madre, hermanos! ¡ay!
todo en el mundo he perdido;
en mi corazón partido
sólo amargas penas hay—
¡padre, madre, hermanos! ¡ay!

¹ *Nenia*: canción fúnebre.

² *Urutaú*: ave de dulcísimo canto.

³ *Yatay*: palmera.—(Notas del A.)

De un verde *ubirapitá*
mi novio que combatió
como un héroe en el Timbó,
al pie sepultado está
de un verde ubirapitá!

Rasgado el blanco *tipoy*¹
tengo en señal de mi duelo,
y en aquel sagrado suelo
de rodillas siempre estoy,
rasgado el blanco tipoy.

Lo mataron los *cambá*²
no pudiéndole rendir;
él fué el último en salir
de Curucú y Humaitá--
¡lo mataron los cambá!

¡Por qué, cielos, no morí
cuando me estrechó triunfante
entre sus brazos mi amante
después de Curupaití!
¡Por qué cielos, no morí!

¡Llora, llora, urutaú
en las ramas del yatay;
ya no existe el Paraguay
donde nací como tú--
llora, llora urutaú!»

¹ *Tipoy*: saya blanca que usan las paraguayas.

² *Cambá*: los negros.—(Notas del A.)

Al pasar

(francia)

Sola en el campo, en la arruinada ermita,
a la trémula sombra de un almez,
hermosa como Ruth la moabita,
recuerdo que la vi la última vez.

Lucía el traje villanesco, saya
corta, listada, un lindo delantal
festoneado con cintas, de anafaya,
y la toca plegada, de percal.

¡En pocos años qué mudanza! apenas
si pude conocerla ¡cuán gentil!
más fresca que las níveas azucenas
en las mañanas límpidas de Abril.

Tenía la cintura como un mimbre
flexible y fina, el rostro angelical;
su voz, su dulce voz, era de un timbre
más suave que el canto del turpial.

¡Y sus ojos turquíes! la brillaban
con tan profundo y blando resplandor,
que al parecer serenos reflejaban
del cielo azul el nítido color.

¡Cuántas veces, de niña, las ramillas
para el fuego juntando la encontré,
y cuántas en las mieses amarillas
sus cabellos de oro acaricié!

Al volverse hacia atrás y dar conmigo
no atinó a recordarme, se turbó;
mas luego que la hablé, mi acento amigo
sus recuerdos de infancia despertó.

—«Cómo! sois vos? me dijo alborozada,
»¡vos aquí en la comarca!... ¿La salud
»sentís de nuevo acaso quebrantada,
»y en procura volvéis de aire y quietud?»

—«No, Blanca, a otro país voy de camino.
»Dichoso fuera en descansar aquí,
»donde ha tiempo llegara peregrino,
»disfrutando la calma que perdí.

»Y bien lo siento a fe... ¡Ah, quién me diera
»habitar otra vez el romeral,
»perderme entre la viña en la pradera,
»beber el agua virgen del raudal!»

No era ese el deseo caprichoso
del que aspira a una efímera merced;
de olvido, de silencio, de reposo,
sentía el alma la profunda sed.

Pregunté luego a la aldeana bella
por su padre, que un día me acogió
bajo su techo hospitalario, y ella
contestó suspirando:—«¡Ya murió!»

—«¡Murió! ¿Cuándo murió?»—«Cumplirá un año
lo que empiecen las uvas a pintar;
Dios alejó al pastor de su rebaño,
¡ah! si vierais, desierto está el hogar!»

Yo estimaba aquel hombre franco, honrado,
de corazón ingenuo, sin doblez,
allá en su juventud bravo soldado,
vaquero y labrador en su vejez.

«¿De qué murió?» la dije.—«Estaba fuerte
»como el tronco que veis de ese abenuz,
»un día entre la mies le halló la muerte
»allí donde se alza aquella cruz!»

—«¿Y os dejó alguna hacienda?»—«Lo bastante
»para vivir, la casa, y más aquel
»molino que se ve blanquear distante,
»los bueyes, el sembrado y el verjel».

—«¡Pobre! ¿Y tu madre?»—«Llora el día entero,
»sí queréis verla os llevaré, venid,
»está allá abajo próxima al otero
»a la sombra tejiendo de la vid».

—«Es tarde ya», la contesté «y aun queda
»lejos la aldea adonde voy. A más
»temo afigirla. El cielo la conceda
»el consuelo a sus penas, la dirás».

—«Pero al menos» repuso, los colores
animándola el rostro, «aceptaréis
»del jardín de mi padre algunas flores
»plantadas por su mano ¿os negaréis?»

¡Y cómo resistir su voz tan pura,
aquel dulce mirar, tanto candor!
Seguía pues, dejando mi montura
atada al tronco de un almendro en flor.

Al punto en que a estrecharse el valle empieza
hallábase la casa, al pie el jardín,
donde entre ásperos brezos y maleza
se enredaba a los mirtos el jazmín.

Ya en su recinto, Blanca, más ligera
que una corza, con gracioso afán
a esas flores juntó la enredadera,
la violeta silvestre al arrayán.

Hízome un ramillete; sonrojada
con infantil sonrisa me le dió;
luego por una senda sombreada,
del arroyo a la margen me llevó.

Sentámonos allí de la corriente
al grato son; el céfiro fugaz
murmuraba en los sauces; blandamente
gemía en la hojarasca la torcaz.

Fué en aquel sitio y bajo de aquel cielo
que en esa alma limpia pude leer,
la vaga agitación, el tierno anhelo,
que despierta el amor en la mujer.

Como de miel dorada rebosante
de las vivas abejas el panal,
derramaba su aroma refrescante
la flor de su inocencia virginal.

—«Quisiera ir a donde vais, quisiera
»conocer otras tierras», exclamó.—
«Vino aquí vez pasada una extranjera
»¡oh, cuántas maravillas me contó!»

Sombras de sueños vagos, el reflejo
de una esperanza indefinida vi
sobre su frente, cristalino espejo
de un pensamiento ardiente y baladí.

—«Blanca», la dije al levantarme—«habita
aquí la paz; que permanezcas fiel
al hogar de tus padres, y bendita
corra tu vida y venturosa en él».

—«¿No volveréis?» —«¡Quién sabe! voy muy lejos.
¡Adiós! cuida a tu madre, que el amor
de los hijos la savia es de los viejos,
de la vida que muere último albor».

A tomar mi caballo juntos fuímos...
Lo que por mí pasó decir no sé,
cuando una y otra vez nos despedimos
y que en la casta frente la besé.

Alejéme al galope; ya distante
la vista volví atrás... Estaba allí!
Su vestido de listas ondulante
a través del follaje distinguí.

Aquel fresco recuerdo de otros días,
su imagen, que jamás podré olvidar,
se mezclan a esas vagas armonías
que la vida acarician al pasar!

¡Adelante!

¡Ea, muchachos, es la aurora! ¡Arriba!
Tomad el hacha y el martillo, y vamos;
si como ayer tenaces trabajamos,
el monte derribado caerá.

Alcemos con sus troncos nuestras casas
asilo de la enérgica pobreza:
donde creció el jaral y la maleza
la viña lujuriente medrará.

Que el muelle cortesano la fortuna
busque adulando a su señor adusto,
el torpe corazón siempre con susto
de perder de su afán el fruto vil.
Mientras esparce el odio y la cizaña,
nuestras robustas manos siembren trigo;
mientras ve en cada hombre un enemigo,
amémonos con pecho varonil.

El vínculo sagrado que nos une
se apretará con la honradez probada;
¡sús, al combate! a la conquista ansiada
del trabajo fecundo en la legión.
¡Victoria al más intrépido! Bizarro,
sus pensamientos en la patria fijos,
ese llegue a tener hermosos hijos,
hombres libres, de limpio corazón.

La gran naturaleza nos invita
a su festín suntuoso; seamos parcos,
y al repasar por sus triunfales arcos,

la libertad nos guíe con su luz.
Bajo su influjo bienhechor, la dicha,
la paz y la abundancia nos esperan:
a los valientes que en la lucha mueran,
un recuerdo, una palma, y una cruz!

No desmayéis conscriptos del progreso,
rasgue el arado el seno de la tierra;
guerra a la incuria, a la ignorancia guerra,
amor a Dios, respeto por la ley.
Diques al mar pongamos, freno al vicio,
allanemos la ríspida montaña,
y sea nuestro orgullo y noble hazaña
en cada ciudadano ver un rey.

Así avancemos como un haz; la ruta
nos la haga menos ardua el dulce canto
del poeta; las artes con su encanto
den a nuestra energía el galardón.
Busquemos la gran patria en que los hombres
se reconozcan prósperos y hermanos,
invitando a los pueblos soberanos
a seguir de los libres el pendón.

Y dulce será el ver en nuestros lares
de la jornada al fin, todos reunidos,
a los seres amables y queridos
que ennobleció el trabajo y la virtud,—
recordando los triunfos del pasado
en las largas veladas del invierno,
o elevando sus preces al Eterno
que nos da la esperanza y la salud!

La Noche

Dalle de Ingd (Brasil)

La agreste soledad yace en tinieblas.
El labrador descansa; el valle duerme.
Corona de los cielos fulgorosa
brillan los astros de la Noche.—¡Oh, salve,
madre sublime de los dulces sueños!
¡Bendita cuando vienes de este albergue
donde huyendo del mundo hallé un refugio,
a cubrir con tu manto las montañas,
a rociar con tus lágrimas las flores!

Solemne, funeral, lóbrega, dime:
¿Llevas acaso el luto de los siglos?
¿Moras eterna viuda, algún sol muerto
que te dejó en herencia las estrellas?
¿Sales del caos o marchas a la nada?
¡Quién podrá penetrar en tus enigmas!...
Noche mejor que el día ¡cuánto te amo!
Y cuánto el bello resplandor me arroba
de esa lámpara opaca con que alumbras
tu paso triste en la región del trueno!

Pláceme, sí, tu celestial lumbrera
aún más que el sol cuando en soberbia pompa
en el espacio vívido refulge,
Naturaleza en júbilo palpita,
y sonrío entre auroras el olimpo.

Tú con sigilo del amor proteges
los sagrados misterios; tú del canto

eres al par la inspiradora augusta.
Julieta está a tu espera en el castillo,
y en la alta torre el sabio taciturno
que en los astros horóscopos descifra.
Oye! es la voz del trovador errante
que al pie del torreón lanza sus quejas
al blando son del bandolín.—Se escucha
rechinar un balcón. Cae a las plantas
del doncel una flor.—Aplica al muro
ligera escala de torzal tejida:
se signa, sube, y el balcón se cierra...
Luego la calma, la mudez profunda!

Acaso por tu sombra cobijadas
dejan las almas tiernas sus sepulcros,
se buscan y se abrazan sollozantes
en las ondas del viento; el aura acaso
va en sus tenues suspiros impregnada
cuando riza las aguas de la fuente,
en la selva murmura lamentosa,
o bien columpia el mimbreral marino.
Es la hora! ¡Venid genios del aire
en un girón de niebla plateada!
¡Leves hadas, venid de largos velos
cubiertas, sobre el lago transparente
a ejercitar vertiginosas rondas
la cabellera rubia suelta en bucles!
¡Abandonad los entreabiertos lirios
¡oh sílfos invisibles! arrastrados
por raudas y vagantes mariposas
en vuestro carro de cambiante nácar!
¡Espíritus nocturnos, yo os evoco,
ora que el alma lánguida fluctúa
en el diáfano mar de los recuerdos,

como en la clara linfa un cisne herido
que el ala extiende sin volar, y nada
a merced de la límpida corriente!
¡Venid, venid, rozad con vuestro aliento,
y refrescad mi sien, porque allí brote
la inspiración ha tiempo adormecida,
en blandas, melancólicas endechas!
¡Oh, dejadme soñar, hasta el momento
en que la luna, sol de la memoria,
despliegue al aire el pabellón de plata,
con él cubriendo la ignorada tumba
a que el hado fatídico me inclina.
En tanto ¡oh Noche! suelta tus crespones,
y envuélveme en tu paz y en tu silencio!

Amira

¿Conocéis a la rubia y tierna Amira?
¡Qué belleza, qué flor, qué luz, qué fuego!
Su andar se ajusta al ritmo de la lira,
hay en su voz la suavidad de un ruego.

El flamenco nadando en la laguna
entre el verde juncal, no es más gallardo:
espira un vago resplandor de luna,
tiene la fresca palidez del nardo.

Hace soñar; la mente se colora
de su candor al virginal destello;
se sueña con las rosas, con la aurora,
con las hebras de luz de su cabello.

Parece que un espíritu celeste
siguiéndola invisible la perfuma,
y que su blanca y ondulante veste
por el aire agitada hiciese espuma.

Ayer la ví pasar en lontananza,
e imaginó mi alma entristecida,
era el ángel de la última esperanza
que buscaba, el sepulcro de mi vida.

At Home

Bella es la vida que a la sombra pasa
del heredado hogar; el hombre fuerte
contra el áspero embate de la suerte
puede allí abroquelarse en su virtud.
Si es duro el tiempo y la fortuna escasa,
si el aéreo castillo viene abajo,
queda la noble lucha del trabajo,
la esperanza, el amor, la juventud.

¡Hijos, venid en derredor; acuda
vuestra madre también ¡fiel compañera!
y levantad a Dios con fe sincera
vuestra ferviente, cándida oración.
El es quien nos reúne y nos escuda,
quien puso en vuestros labios la sonrisa,
da su aroma a la flor, vuelo a la brisa,
luz a los astros, paz al corazón.

Después de la fatiga y del naufragio
ansío rodearme de cariños;
la serena inocencia de los niños

de la herida mortal calma el dolor.
Es para el porvenir dulce presagio
que al hombre con el mundo reconcilia,
el ver crecer en torno la familia
bajo las santas leyes del amor.

El vano orgullo, la ambición insana,
aspiren a las pompas de la tierra;
su nombre ilustre en la sangrienta guerra
lleno de encono el bárbaro adalid.
Nuestra misión es, hijos, más cristiana:
amar la caridad, amar la ciencia;
puras las manos, pura la conciencia,
dar el licor a quien nos dió la vid.

El sol de cada día nos alumbré
el sendero del bien; nada amedrente
al varón justo, al ánimo valiente
que fecundiza el suelo en que nació.
La libertad amemos por costumbre,
por convicción y por deber. En ella
el despotismo estúpido se estrella:
de la Patria los hierros destrozó.

¡Honra y prez a sus padres denodados!
Entre ellos se encontraba vuestro abuelo;
hoy descansa su espíritu en el cielo,
noble atleta vencido por la edad.
Venid en sus recuerdos impregnados,
y llena el alma de filial ternura,
su venerada, humilde sepultura,
con flores y con lágrimas regad.

Tomad ejemplo en él; y cuando un día
emprenda yo mi viaje sin retorno,

erigidme una cruz, y de ella en torno,
sin una mancha en la tranquila sien,
llenos de amor, de paz, que es la armonía,
podáis decir de vuestro padre amado:
latió en su pecho un corazón honrado:
no fué un prócer, fué más, hombre de bien.

Las horas

Queriendo coronar la más hermosa
en torno al sol las horas se juntaron,
y allí en ronda genial se armonizaron
del primer día al sonrosado albor.
Mal envueltas en gasas transparentes
en el éter azul, todas son bellas;
mas fué reina elegida al fin por ellas,
la hora inefable del primer amor.

Desde entonces el alma está a su imperio
con misteriosos vínculos unida;
se confunde a la esencia de la vida,
rica en tiernas promesas al pasar,
y deja en pos dulcísimas memorias
al perderse en el tiempo en raudo vuelo,
como brillan los astros en el cielo
cuando en la tarde el sol se hunde en el mar.

En el monte

Morena, desgrefiada, con los ojos
como ascuas ardientes, y la boca
de cinabrio, su aspecto me provoca
de la sangre a los f\u00e9rvidos arrojos.

Azorada me huye entre el bosque...
La alcanzo... Desde entonces, si es de ira
o por amor, lo ignoro,—ella me mira
sombria, melanc\u00f3lica y salvaje!

Pas\u00f3...

Semejaba una m\u00edstica azucena
puesta sobre un altar de m\u00e1rmol fino;
una alma de luz llena
flotando entre las nieblas del destino.

La encontr\u00e9 en mi camino;
aun la veo pasar sonriente y pura
en la profundidad de mi memoria,
que su graciosa imagen diviniza.
Sent\u00ed que me inundaba en su frescura,
de su virtud en el sencillo encanto:
amarla fu\u00e9 mi religi\u00f3n, mi gloria...

Aquella alta ventura
que el recuerdo eterniza,
pas\u00f3 como una sombra, como un canto.

La dulce flor se convirti\u00f3 en ceniza,
y mi aurora fugaz en noche y llanto!...

Celaje

Oh pensamiento! un día
al desplegar tus alas,
soñaste con la gloria,
con la fortuna ingrata.
Sueño fugaz! apenas
hoy lo recuerda el alma,
buscando en el pasado
mis huellas, ya borradas.
¡De mis primeros cantos
enmudecida el harpa!
¡En el altar derruido
ni incienso, ni plegarias!
¡Marchita, eternamente
marchita la guirnalda,
que ornó la frente pura
de la consorte amada!...
Marchemos a la lumbre
de las estrellas pálidas;
la cima está muy lejos,
y la pendiente es agria;
marchemos aspirando
las azucenas blancas,
que entre las grietas crecen
de la fatal montaña!...

Bajo relieve

Se están bañando entrada ya la noche
esplendorosa y cálida, en el golfo
que blando arrulla a la sin par Corynto.
Parecen hijas de la luna envueltas
en cendales de luz. La linfa clara
de placer se estremece, acariciando
en su seno azulino aquellos cuerpos
de limpia perfección. Las actitudes
de las esbeltas vírgenes desnudas
son armoniosas como un himno... ¡Urania!¹
Del sereno cristal el dios, acaso,
furtivo entre los juncos las atisba
codicioso de amarlas. ¡Divo Scopas!
¡Oh Phydias! a inspiraros venid luego
en la contemplación arrobadora
de formas que en el mármol se eternicen.
Yo aspirando a gozar celeste dicha,
a una de esas doncellas de ojos garzos
y cabellera rubia, ante las aras
llevaré de Hymeneo al alba pura,
y si me son los númenes propicios,
hijos tendré cual Endymión hermosos,
dignos del triunfo en la brillante Olympia.

Año 1889.

¹ Venus Urania, llamada también Venus celestial, nombre dado por los griegos y los romanos, ora al cielo, ora a una Venus superior e ideal que no puede inspirar deseos voluptuosos.—BOUILLET.—(N. del A.)



CARLOS GUIDO Y SPANO